

La violencia en los márgenes. Una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense

Javier Auyero y María Fernanda Berti. Katz editores, Buenos Aires, 2013. 174 páginas

Adriana Migliavacca

Aceptado Abril 2014

Comienza la tarde, tomo lista en el registro de asistencia. Maitén se acerca y me dice, en voz baja, que no va a venir mañana. “Le metieron un tiro a mi hermano en Villa Ceferina, ayer. Está en el hospital, está bastante bien. Mañana no vengo”. No anoto esta conversación en mi diario. Ya no llevo libreta. Igual, escucho. Sigo tomando asistencia. Pegaditos a mi escritorio, están sentados Osvaldo y Sami. “¡Mostrale a la seño, dale mostrale! La seño no va a decirte nada...”, le dice Sami a Osvaldo. Le pregunto a Osvaldo qué está pasando y este saca de su bolsillo una bala. “Me la encontré en la vereda de mi casa, cuando venía para acá”. Ricardo acota: “Debe ser de anoche... se sentían tiros por todos lados”. Les pregunto –porque no lo sé– si está usada. “No, seño, ¿ves? Le tiene que faltar esta parte. No está usada... es de una 9 milímetros”.

Yo tenía mi cámara de fotos en mi bolso. La llevé porque estoy fotografiando a mis alumnos de sexto para hacerles un video de egresados. Saqué mi cámara y retraté la bala. Sami pregunta: “¿Se las va a mostrar a mi mamá? ¿Las vas a poner en internet?” “¿Para qué sacás las fotos?”, preguntaban. Les contesté: “¿Se acuerdan de Javier, el señor que vino hace un par de meses acá al salón? Bueno... con él estamos terminando de escribir un libro sobre la vida del barrio ¿Se acuerdan de que algo les conté? Nos gustaría contar esta historia del encuentro de la bala” (Nota de Fernanda, 27 de noviembre de 2012: 13).

María Fernanda Berti, quien escribe esta nota de campo, ejerce como maestra en una escuela de un partido del sur del conurbano bonaerense. Junto a Javier Auyero, sociólogo egresado de la Universidad de Buenos Aires, es co-autora de una investigación que propone examinar los usos de la violencia en la vida cotidiana de los pobres urbanos, más específicamente, en “Arquitecto Tucci” (nombre de fantasía que los autores del libro emplean para hacer referencia al distrito estudiado) y a sus zonas aledañas.

Distintas preocupaciones atravesaron esta tarea que llevó tres años. En primer lugar, el hecho de que las discusiones públicas sobre “inseguridad”, tema que con frecuencia protagoniza tapas de diarios y titulares de noticieros televisivos, suelen tener como portavoces privilegiados a los sectores medios y altos de la estructura social, cuando son los más desposeídos quienes se encuentran diariamente expuestos a situaciones de violencia que atentan contra la propia vida. De manera que, como advierten los autores, raramente se los puede escuchar hablar públicamente de una problemática que viven a diario pero cuyo discurso parece ser “fabricado” y “manipulado” por otros. De allí la intención, explícitamente planteada por Auyero y Berti, de recopilar un material estadístico, periodístico y etnográfico que permita contrarrestar, como ellos afirman, “un persistente proceso de negación y silenciamiento”.

El reconocimiento del sentido político de un trabajo de tamaña envergadura abre la puerta a ciertas preguntas que, como explican los autores, difícilmente puedan agotarse dentro de los límites de una investigación académica. Una primera, nos remite al análisis de la propia estructura de poder que sustenta la trama de relaciones estudiadas, “¿Funcionan las violencias aquí expuestas como formas de control político y subordinación de los pobres por medio del terror? ¿Cómo? ¿Por qué?” (p. 8) Otra de ellas, allí donde se plantea la inquietud acerca de ¿cómo se logran disipar las marcas que la violencia deja en los cuerpos, los corazones y las mentes de aquellos más afectados por ella?, nos conecta con el propio campo de acción que, con intención consciente o no, se abre a partir de todo trabajo de producción de conocimiento.

Desde una preocupación ética y política, Berti y Auyero alertan frente a ciertas descripciones que, apelando a una lectura superficial y malintencionada, podrían llegar a utilizarse “para reproducir y reforzar los estereotipos usuales sobre los destituidos”, llevando a creer a los lectores que los habitantes del territorio donde se llevó a cabo la investigación son “feos, sucios y malos”, citando el título de la conocida película dirigida por el cineasta Ettore Scola. Es así como toman posición crítica frente a ciertos estigmas acusatorios que suelen circular en el campo de las Ciencias Sociales, muchas veces asociados a conceptos que emergen con una fuerte carga descalificatoria, como ocurre, como ellos mismos dicen, cuando en estos ámbitos se sugiere la existencia de una “cultura de la pobreza”. Sin embargo, y aun reconociendo aquellos riesgos que vienen de la mano de una posible “manipulación” de lo narrado, deciden asumir el desafío de contar estas historias, a sabiendas de la necesidad de una escritura cuidada, “controlada”.

¿Por qué la historia merece ser contada?

Uno de los argumentos más significativos de este trabajo, reside precisamente en la posibilidad de analizar los episodios de violencia en el marco de un *contexto* que trasciende ampliamente la mera agresión interpersonal. En realidad, lo que no suele verse

en la superficie de las situaciones de violencia entre las personas, es la existencia de una *cadena* de condicionamientos que conecta lo que sucede en el barrio, la escuela, el comedor comunitario, la feria... Dicen los autores:

Sabemos que el *contexto* es crucial a los efectos de evitar interpretaciones equivocadas o estigmatizadoras de la violencia en los márgenes urbanos. En otras palabras, para entender y explicar la violencia interpersonal que permea muchas de las interacciones de la zona es necesaria una contextualización radical. Cada episodio violento percibido deberá entonces ubicarse en su contexto estructural más amplio, así como en su contexto situacional más específico (p. 26. La cursiva es del original).

De esta forma, Auyero y Berti nos invitan a poner la mirada en un conjunto de factores que, externos al espacio social del barrio, alimentan el funcionamiento de lo que ellos llaman *cadena de violencia*. Así pues, la persistencia de la violencia en la vida cotidiana puede ser explicada a la luz de los procesos estructurales en los que operan, por dar algún ejemplo, una economía que somete a elevadísimos niveles de explotación a los trabajadores empleados en el mercado informal, la complicidad de las autoridades estatales, la expansión del mercado de drogas ilegales, entre otros. A este tipo de análisis, añaden la reconstrucción de las perspectivas de los sujetos que se encuentran inmersos en una trama de relaciones donde la agresión se transforma en una moneda corriente. Ese es el sentido con el que recuperan los relatos de los niños que acuden a la escuela y los de otros sujetos que habitan el barrio.

Al hacer referencia al libro, los autores lo definen como el producto de la colaboración entre una maestra que trabaja desde hace una década y un sociólogo que, habiendo conocido el barrio veinticinco años atrás, en el marco de su militancia política, regresó allí como investigador, de manera intermitente, entre los años 2009 y 2012. El texto se nutre de las notas de campo tomadas a diario al terminar la jornada de trabajo al frente de varios grados en tres escuelas locales, de dibujos que hicieron los alumnos sobre los aspectos positivos y negativos del barrio, de fotografías que ellos tomaron como parte de un taller organizado en una de estas instituciones educativas, y de entrevistas en profundidad realizadas a los residentes de la zona, doctores de los hospitales locales, así como a directivos y personal de las escuelas.

En la introducción, comentan que no era el estudio de la violencia en la zona la intención original en los comienzos del trabajo de campo. Por entonces, el interés de la investigación radicaba en la problemática de la contaminación pero, a las pocas semanas de comenzada la tarea, se encontraron con que, junto a las historias “tóxicas” que asomaban en los relatos de los niños (basurales a cielo abierto, ratas merodeando por los hogares, agua

con sabor a aceite, etc.), abundaban las referencias a los asesinatos, violaciones, tiroteos, peleas domésticas. El centro de la investigación se fue modificando y poco a poco fueron vislumbrando la necesidad de ampliar el marco de interpretación de esos relatos, analizando el modo en que las diversas formas de violencia se vinculan unas con otras, desde el espacio público de la calle hasta la esfera privada de la intimidad. El capítulo 1 avanza en la descripción del espacio público donde se desarrolló esta investigación, a partir de una selección de fotografías tomadas por los alumnos de la escuela, y de las observaciones, conversaciones y entrevistas mantenidas con habitantes del lugar y profesionales que trabajan allí. El capítulo 2, sitúa el aumento de la violencia interpersonal en el conurbano bonaerense en el contexto más amplio de la región latinoamericana, apelando a los aportes de antecedentes bibliográficos, sistematizaciones estadísticas y los propios relatos que se enhebran entre la escuela, las calles y los hogares del barrio. El capítulo 3 se centra en un conjunto acotado de casos, excavados en profundidad, con el propósito de desentrañar las conexiones entre las formas y los usos de la violencia en un territorio marcado por la pobreza y “la acción intermitente, selectiva y contradictoria del Estado”. Por último, el capítulo 4 desarrolla un análisis etnográfico acerca de las formas en que el Estado, en particular “las fuerzas de la ley y el orden”, se hace presente en el territorio.

Frente a quienes esperan un tratamiento “escolástico” del tema, los autores rescatan el valor del estilo narrativo, donde efectivamente se enraízan las herramientas teóricas y analíticas que sustentan la perspectiva epistemológica del estudio. Subrayan los fines descriptivos de este primer escrito y anuncian un trabajo de carácter “más explicativo” para un segundo libro. Realizan, asimismo, una importante advertencia. El hecho de que el libro se nutra de testimonios recogidos en la escuela no debe conducir a pensar que su tema es “la violencia en la escuela”, pues –como ellos destacan– en realidad fueron escasas las situaciones de agresión física interpersonal presenciadas en los establecimientos educativos en los que trabajaron en el transcurso de la investigación, aspecto que nos invita a abrir un conjunto de interrogantes interesantes, y por qué no auspiciosos, acerca de las características propias de los lazos que pueden construirse en el espacio escolar.

Quienes trabajamos en educación nos encontramos con una investigación que nos interpela en varios sentidos. Por un lado, contribuyendo a visibilizar las complejas condiciones estructurales que, en la actualidad, atraviesan la vida cotidiana de muchos de los niños que, parafraseando un ya conocido artículo de Sofía Thisted y Patricia Redondo (1999),¹ acuden a las “escuelas en los márgenes”. Pero, al mismo tiempo, nos sitúa frente al desafío de buscar respuestas y trabajar para encontrarlas, en un campo de acción que compromete nuestra práctica, como educadores, y como sujetos políticos.

1 Thisted, S. y Redondo, P. (1999) “Las escuelas primarias en los márgenes. Realidades y futuros” en Puiggrós, A. y otros. En los límites de la educación. Niños y jóvenes del fin de siglo. Ed. Homo Sapiens, Rosario.

Adriana Migliavacca: Mgter. en Política y Gestión de la Educación (UNLu), Lic. en Ciencias de la Educación (UBA). Profesora Adjunta Departamento de Educación, UNLu. adrianamigliavacca@yahoo.com.ar